



LA AVENTURA DE LA ORACIÓN

**¿POR QUÉ
NOS CUESTA
ORAR?**



1

PARROQUIA DE SAN ILDEFONSO
BASÍLICA MENOR
SANTUARIO VIRGEN DE LA CAPILLA

LA AVENTURA DE LA ORACIÓN

¿POR QUÉ NOS CUESTA ORAR?

Indice

I/ ORAR...

Orar... qué es eso.

Quisiera decirte...

La oración es un camino hacia dentro de ti.

La oración es un camino hacia fuera de ti.

Orar es escuchar a un amigo

Orar es hablar con Jesús que me ama.

No se trata de decir muchas palabras...

Estoy llamado a ser santo.

Pero la oración resulta a veces es difícil...

Para orar, dejad a Dios en la libertad de su amor

Orar es buscar a Jesús.

La oración es un grito.

II ¿POR QUÉ NOS CUESTA ORAR

1.- Por el contexto sociocultural

2.- Por nuestro ritmo y estilo de vida

3.- Por nuestra imagen de Dios.

4.- Por una vida cristiana a mínimos.

5.- Orar en el momento presente y no fuera de mi realidad

6.- ¿La oración de petición?

¡ ORAR...



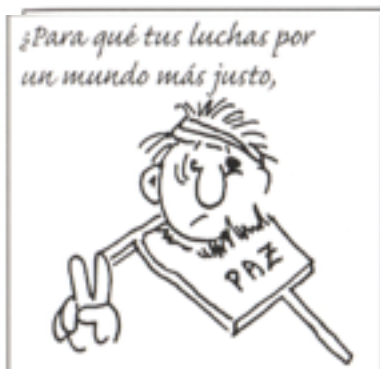
¿orar...?

es hablar con
Dios

pero
¿cómo
encuentro a
Dios
para poder
hablar con
Él?

Te vas a extrañar:
Dios te busca
antes
de que tú le encuentres

quisiera decirte...



¡respira aires de oración!

**Hay en tu corazón una nostalgia,
a veces oscura, de Dios...
¿pero cómo hablar con Dios si no lo
veo?**

I.- La oración...

- **Es un camino hacia dentro de ti;** hacia lo hondo de tu "corazón".

¿Qué habrá en el fondo de mi corazón?

En el camino de bajada te vas a encontrar con tu vida : tus esperanzas, tus fracasos, tus bondades, tus miedos, tus tibiezas... y has de preguntarte ¿"cuales son mis cimientos"?

En el camino de bajada te vas a encontrar con los otros: sus sufrimientos, su soledad, su cariño, sus alegrías... y has de preguntarte "¿qué puedo hacer por ellos?"

Si no haces la experiencia de que tú eres más que tu vivir diario y que los otros te piden que los ames, no podrás hacer oración, no podrás hablar con Dios.

Después de este caminar hacia dentro de ti habrás entendido algo muy importante:

**Dios está más dentro de tí
que tú mismo.
Dios aparece como un "más"
que te empuja...**

Escucha, amigo.

Deja un momento tus ocupaciones habituales, entra un instante dentro de ti, deja los agobios y busca lo que hay en el fondo de ti mismo.

Ahora aparece la tentación de la huida, de no querer pararse... Y es que tenemos miedo al "vacío", pero nos equivocamos pues dentro de nosotros habita la verdad, la verdad nuestra y la verdad de Dios.

II.- La oración ...

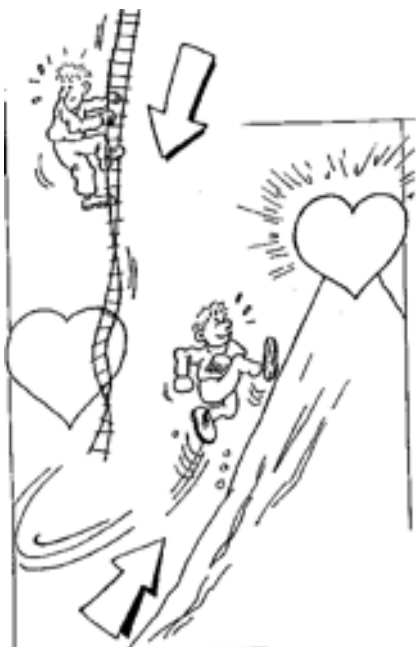
- **Es un camino hacia fuera de ti** pero ¿cómo andar este camino?

Puedes andarlo si le haces caso a tu deseo de felicidad, a tu esperanza de una justicia que llegue a todos, a un amor que sea más fuerte que la muerte...

Si has tenido el gozo de dar aunque no recibas...

entonces estás en camino para *descubrir el rostro de "Alguien"*.

Y podrás reconocer que ese "Alguien" es "Amor sin medida"



Después de este camino de ansia de felicidad y de amor habrás entendido una segunda experiencia muy importante.

**Dios está más allá
de todas mis
grandezas**

¿Te animas a recorrer este camino hacia dentro de ti y hacia fuera de ti?

Verás que hay dificultades, veras que hay grandes alegrías

Amigo

¿Ansías una justicia mayor para toda la humanidad?

¿Buscas una libertad que brote del amor?

¿Esperas a pesar de todo que no triunfe el hombre violento?

¿Añoras que el amor sea nuestro verdadera realidad?

¿Has sido capaz de hacer algo gratis por quien no puede responderte?

Si de verdad ansías, buscas, esperas y añoras todo esto; si has hecho algo gratis, de verdad, ya estás encontrándote con Dios

orar es escuchar a un Amigo

Orar

*“es como cuando
un Amigo habla a otro amigo
y este calla para escucharle”*
(S. Ignacio)



Cuando voy a orar, voy a que un Amigo me hable.

Jesús, mi amigo, me habla

- en su palabra que está en los Evangelios,
- en su vida que está en los Evangelios,
- en su presencia en los Sacramentos,
- en las personas santas,
- y los acontecimientos,
- y en el fondo de mi corazón
- en los que sufren

Para escuchar a Jesús, como cuando escucho a un amigo,

- hay que escuchar en el fondo del corazón
- sabiendo que él me quiere
- estando dispuesto a ir más allá de donde ahora estoy.

Pero escuchar al Señor no resulta fácil

- si solamente estás preocupado contigo y no te importan los demás
- si solamente buscas que los demás te sirvan a ti y no estás dispuesto a acoger
- si nunca escuchas su palabra y su vida pues no aceptas el amor de Jesús y no lo amas.
- si eres como un corcho en el agua que solo se queda en la superficie y no va a lo interior.

¿Cuándo escucho al Señor Jesús?

orar es hablar con Jesús que me ama

Orar

*“es como un trato de amistad,
mantenida a menudo y a solas,
con quien sabemos que nos ama”*

(Sta.

Teresa de
Jesús)



Un trato

de amistad se da

- cuando mi amigo es como un regalo para mí, y así su amistad es mi alegría
- cuando estoy interesado en las cosas de mi amigo
- cuando no tengo miedo a abrirle mi corazón
- cuando sus cosas y su vida son mías y mis cosas y mi vida son tuyas

Un trato de amistad, *mantenida a menudo y a solas* se da

- cuando le dedico tiempo a mi amigo
- y ese tiempo no es una carga para mí;
- cuando en la soledad busco a Jesús, espiritualmente y realmente presente.

... con quien sabemos que nos ama

- pues sé que mi amigo no me falla
- pues sé que mi amigo me puede decir una palabra importante
- pues sé que mi amigo hace y está dispuesto a hacer lo que pueda por mí.

Para la reflexión

¿Es Jesús mi amigo?

¿Trato lo más importante de mi vida con él?

¿Acepto que Jesús me ama?

no se trata de decir muchas palabras, se trata de hablar con un Amigo

No se trata de decir muchas palabras sin sentido...

ni de “fabricar” oraciones, como si hubiera que hacer un problema

No digas el “Padre nuestro...”

rápidamente y sin saber lo que dices.

Si lo dices, dílo de verdad.

Habla espontáneamente con Dios,

nuestro Padre y con el Señor Jesús, nuestro hermano.

Díle lo que te pasa y lo que te preocupa. Y llegará la paz a tu corazón.



Estoy llamado a ser santo

Se trata de hablar con un Amigo;

pero es un Amigo muy especial:

me conoce mejor que yo mismo,

está más dentro de mí que yo

mismo,

está en el fondo de mi “corazón”,

de mi espíritu.

Hasta allí hay que bajar y después

subir a una vida nueva. Esa vida

nueva aparece en la vida de Jesús.

Si conozco a Jesús, lo que dijo y lo

que hizo, entonces me daré cuenta

a qué grandeza de vida estoy

llamado. Estoy llamado a ser santo.

Y esto me da un gran gozo.



pero la oración resulta, a veces,
difícil...

**PORQUE NOS PREOCUPAMOS
SÓLO DE NUESTRO PROPIO
BIEN...**



**¿QUIÉN CAMBIARÁ
NUESTRO “CORAZÓN”,
DURO E INSENSIBLE?**

**PORQUE
NO ESTAMOS
DISPUESTOS
A AMAR**



**PORQUE ESTAMOS
COMO ADORMILADOS
Y DESPREOCUPADOS DE
LAS COSAS IMPORTANTES...**

Para poder orar,
¡dejad a Dios en la libertad
de su Amor!

**DIOS SE ACERCA
LIBREMENTE
Y AMANDO SIN MEDIDA...
NO TIENE EN CUENTA
NUESTRAS CUALIDADES
NI NUESTROS DEFECTOS...**



**EN UNA SOCIEDAD EN LA
QUE TODO LO QUEREMOS
AGARRAR Y MANEJAR...
TAMBIÉN QUEREMOS, A VECES,
MANEJAR A DIOS SEGÚN NUESTROS
DESEOS...**

**PERO NO PODEMOS
“PROGRAMAR” A DIOS
PARA QUE ACTÚE CUANDO
NOSOTROS QUEREMOS
Y HAGA LO QUE NOSOTROS
QUEREMOS.**



orar es buscar a Jesús

Una historia de amor

Esta mujer era conocida públicamente como “pecadora”. Y era por esto despreciada. Pero amaba a Jesús. Hizo unos gestos de amor. Y con Jesús recupera su dignidad de mujer. Los que se consideraban buenos desprecian a esa mujer, pero Jesús les dice que les falta amor. (Lucas 7)



Un ladrón de “guante blanco” cambia

Tenía interés en conocer a Jesús. Y hace lo posible para verlo. Jesús le llama y come con él. La cercanía de Jesús cambia su “corazón”. Y Zaqueo, ya cambiado, mira a los pobres. (Lucas 19)

Jesús calma la sed de vida verdadera

Una mujer va a recoger agua. Y Jesús le habla del agua que da vida... “Dame de esa agua” le pide la mujer. Y Jesús le habla de nuestra “sed de Dios” y le dice que nuestro encuentro con Dios ha de ser “en espíritu y verdad”. (Juan 4, 1 y siguientes)



la oración es un grito

Los pobres del evangelio nos enseñan a orar:

Un crucificado

Ni siquiera la vida, su vivir, era suyo.

Se lo estaban quitando.

Y estando en la cruz junto a Jesús, también crucificado, le dirige una súplica:

“Acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino”.

Y fue escuchado.

“Te lo aseguro, hoy estarás conmigo en el paraíso”,

le dijo Jesús. (Lucas 23)



Un ciego

No tenía luz en sus ojos, era ciego

y estaba pidiendo limosna al borde del camino.



Al sentir un tropel de gente y saber que pasa Jesús grita:

“Jesús, ten misericordia de mí”.

Y aunque le dicen que se calle, él grita más fuerte.

Jesús le oye y se acerca.

“Que vea, Señor”, suplica el ciego.

Y Jesús lo curó. (Marcos 10)

Un hombre de fe

Un día un capitán romano suplica a Jesús:

“Mi criado está enfermo”.

Y Jesús dice de ir a la casa.

“No hace falta, pues desde aquí puedes curarlo”, le contesta el centurión.

Este centurión reconoce que Jesús, al ser Hijo de Dios, tiene poder de sanar la vida.

Y Jesús le dice: *“Como has tenido fe que se cumpla lo que me pides”* Y el criado se curó. (Mateo 8)



¿POR QUÉ NOS CUESTA ORAR?

Todos experimentamos dificultades para orar.

Orar es a la vez fácil porque es Dios que tiene la iniciativa y se trata simplemente de ponernos en sus manos pero es a la vez difícil porque estamos excesivamente centrados en nosotros mismos y ello nos impide abrirnos a Dios y a los demás.

La oración forma parte esencial de nuestra vida cristiana, pero en nuestra vida cotidiana nos cuesta orar. En la práctica vivimos nuestra oración como una asignatura pendiente.

Empezamos diciendo que la oración es lugar y tiempo de encuentro con el Señor. Así lo hemos experimentado y así lo experimentamos.

Desde esta convicción constatamos condicionamientos y dificultades de muchos tipos.

Empezaremos reflexionando sobre cuáles son algunas de las causas que hacen que encontremos dificultades en nuestra oración y en general en nuestra relación con Dios.

1. Por el contexto sociocultural

Vivimos en una sociedad en la que para muchos Dios no es ni evidente ni relevante.

Tampoco se percibe a Dios como la causa ni la consecuencia de nada de lo que ocurre, aunque nuestra historia venga de un mundo en donde la referencia a Dios era clara. Hoy, sin embargo, vemos cómo las realidades humanas y sociales se organizan independientemente de Dios y se valora en gran medida la técnica, la eficacia y el consumo.

Ya nos encontramos con personas que alimentan su espíritu no por la vida cristiana sino por “espiritualidades” diferentes.

Y cuando nos relacionamos con nuestros amigos, más o menos creyentes, vivimos con dificultad nuestra expresión religiosa. Nos sentimos diferentes, “anticuados”, y no nos parece prudente decir aquello que llevamos dentro por miedo a no ser comprendidos.

Vivimos en nuestra tierra como en “tierra extraña”, donde nos parece oír de nuestros contemporáneos la pregunta “¿dónde está tu Dios”? Hemos de orar en un mundo donde la fe no es plausible. Esta ausencia de Dios, a veces, se nos contagia y vivimos como “si Dios no existiera”.

Es el mundo en el que nos ha tocado vivir. Desde este debemos y podemos decir que creemos en Jesús resucitado.

Orar no es, por lo tanto, colocarse fuera de nuestro mundo real, sino en medio de él. Nuestra aproximación a la realidad, desde los ojos de la fe, nos acerca al mismo Dios que “trabaja en sus criaturas” en el hoy de nuestra vida. No podemos olvidar que el presente es un tiempo de gracia y de contacto con Aquel que nos habla y que quiere entrar en relación con nosotros.

El contexto en el que vivimos nos recuerda que el cristianismo nació y se desarrolló en un ambiente indiferente y a veces hostil.

Y que muchas comunidades cristianas crecieron en ciudades prósperas económica y culturalmente como Antioquía, Corinto, o Roma.

La relación consciente y amorosa con Dios (la oración) no es una realidad evidente en nuestro ambiente. Incluso hay prácticas religiosas sin relación con Dios pues son meras tradiciones humanas. Estamos en una cultura sin oración. ¿Estamos también en un “cristianismo sin oración”? ¡Preguntadle a vuestro amigos y familiares de 30 a 50 años cuando y cómo rezan! ¡Veréis! Tenemos la gran responsabilidad de mostrar a otros la práctica de la oración. Y así mostraremos la grandeza de orar.

2. Por nuestro ritmo y estilo de vida

Somos hijos de nuestro tiempo: eficaces, rápidos, poco gratuitos y pegados solo a lo inmediato...

Cuando uno empieza a orar se acuerda de la cantidad de cosas que tiene que hacer y cuando hace cosas le vienen ganas de orar.

Nuestro ritmo apresurado y acelerado aparta, sin darnos cuenta, las referencias a la gratuidad, queremos controlarlo incluso a las personas con las que nos relacionamos.

Lo que nos acerca al Dios de Jesús no es una vida tranquila y plácida sin más.

No se trata, pues, de hacer una experiencia de "balneario espiritual" sino de un intercambio de amor y por lo tanto querer agradar a Aquel que nos ama.

Otras dificultades nacen de las circunstancias de tiempo, es decir de cuándo oramos en un día en el que tenemos la agenda llena de actividades en el trabajo y en casa.

Algunas dificultades nos vienen del lugar, dónde oramos: en un espacio lleno de personas, de objetos y de ruido.

Otras dificultades provienen de la materia, qué oramos, si seguimos un libro, usamos la Biblia, o empleamos plegarias ya hechas en una sociedad repleta de mensajes y de publicidad.

Dificultades

- por el trabajo (dominados por la eficacia y sin experiencia de gratuidad) me coloco en una necesidad de descanso compulsivo...
- por el tiempo (no hay tiempo más que para el trabajo, comida y descanso, a veces compulsivo),
- por el lugar (no hay tiempo de soledad para dejar que suena la "voz interior"...incluso los actos religiosos son bullangueros)
- y por la materia... (No escucho lo que me interroga... Solo lo conocido. Y así recitó el "Padre nuestro" sin darme cuenta de lo que digo ... Y se entra en la rutina religiosa que tanto mal espiritual hace porque vive solo de apariencias)

3. Por nuestra imagen de Dios

Me parece que aquí está una de las claves principales de nuestras dificultades para orar. Hay algo en nuestro interior que hace que no estemos en paz con Dios y muchas veces con nosotros mismos porque sabemos muchas cosas teóricamente pero no las hemos acogido interiormente. Decimos, por ejemplo, que Dios es Padre/Madre; pero nuestros sentimientos reales ante Él tienden a alejarlo de nuestra vida como si nuestra filiación no nos diese derecho a poner en Dios nuestra esperanza y a vivir la libertad de los hijos. Queremos creer en el Padre pero rechazamos, de hecho, su forma de ser "Dios" y "Padre".

Veamos algunas actitudes que vivimos ante Dios:

a) Experimentamos a veces una cierta culpabilidad.

No me siento digno de estar ante Él porque mi vida no da la talla. Reconozco mi incoherencia y mi doble vida. Y me parece que así no estoy bien ante El. Me olvido que la oración es para los débiles, que la oración me sana. La cuestión no es mi dignidad sino su presencia liberadora. En la oración caigo en la cuenta que Dios me ama. No es el fariseo el que sale del templo justificado sino el publicano porque el Padre sana a aquel que reconoce lo que es.

b) Una cierta decepción al experimentar que Dios no me concede aquello que le pido y cuando se lo pido. Entonces considero que es inútil pedir y suplicar. No caigo, sin embargo, en la cuenta de que la gran petición es que me regale su Espíritu Santo, que nunca se me niega. En el fondo no me acabo de creer que Dios actúa en la historia a través del "sí" de tantas personas como Abraham, Samuel, David, María y yo mismo.

Lo que necesito de Dios es su fuerza en mí (su Espíritu) . Así la actuación depende de mí (esto es mi "sí") pero mi fuerza en la actuación es su fuerza (Espíritu Santo).

c) El pensar que orar quiere decir automáticamente experimentar la "presencia de Dios" y que cuando no la experimento, o creo que no la experimento, lo dejo correr. De este modo no tomo conciencia de que la oración seca, aburrida, sin especiales sentimientos puede aumentar la esperanza y el amor. Vivo, así, del estímulo-respuesta, del placer inmediato, del camino rápido y fácil. Me olvido que la "noche oscura" del alma ha sido y es el pan nuestro de cada día de los grandes orantes.

d) Una percepción de un Dios quieto y aburrido que parece que a veces me escucha y a veces no me hace caso, como quien está al otro lado del hilo telefónico y va diciendo: "sí, sí..." esperando que termine una aburrida retahíla de palabras. Esta manera de percibir a Dios me hace olvidar que Él está a mis pies (Jn 13), o que siempre me espera para darme un abrazo como el Padre que tenía dos hijos (Le. 15). En efecto, el lenguaje de Dios es el de la entrega incondicional y únicamente podré conectar con Él si intento que mi vida y mi oración hablen este lenguaje.

Dicho sencillamente: si adoramos a Dios es porque Él nos "adora". En el lenguaje corriente decimos: "adoro a mi marido, a mi hijo..." y siguiendo esta lógica nos atrevemos a decir que adoramos a Dios porque Él "nos adora" (nos ama sin medida y para demostrarlo está la cruz de Cristo). El Padre nos quiere y nos "adora" (ama sin medida) en el Hijo y de aquí surge nuestro deseo de adoración (de amarlo)

Así la oración es una práctica de amor mutuo.

Nuestra mirada a Dios

- a) A veces lo vemos como quien me echa en cara mis faltas. Un "Dios" que me hace culpable.
- b) Me decepciono porque Dios no responde a lo que le pido.
- c) Si no tengo especiales sentimientos de alegría y plenitud abandono la oración. No he entendido la "noche oscura".
- d) No percibo a Dios como quien me ama sin medida sino como el lejano incapaz de ocuparse de mí.

4. Por una vida cristiana "a mínimos"

El seguimiento de Jesús no es fácil ya que pide una respuesta total al partir de una donación total. Por eso una fe vivida a mínimos no llena la vida ni es un testimonio para nadie.

A veces me dejo llevar por una vida fácil y cómoda y otras, en cambio, quiero seguir a Jesús cayendo en la trampa de "hacer cosas" sin que mi acción aumente el cariño y la confianza en Aquel que la promueve en mí. Y así se va trazando un camino de mínimos en el amor a Dios.

Hay preguntas muy sencillas que quizás me tendría que hacer de vez en cuando, por ejemplo: ¿quiero a Jesús, a Dios? ¿me quiero dejar querer por Él? ¿quiero hacer el Bien? ¿me acerco a aquella persona que nadie quiere? ¿me dispongo para ver a Dios en los pobres? ¿creo que el Espíritu Santo trabaja en mí y en los demás?

Al no cuidar mi vida cristiana, ésta se llena de polvo y se va pareciendo a un mueble que hace tiempo que no se limpia, que va envejeciendo y no deja aparecer el "hombre nuevo..."

Entonces Dios se va haciendo pequeño y se va convirtiendo en un objeto más para mi consumo personal.

Cuando mi vida cristiana está desapareciendo...
Estoy ocupado en lo mío y olvido a Dios día tras día. Ya no descubro a Dios en el fondo de mi vida, ya no ansío un mundo nuevo desde Dios. De vez en cuando, muy de vez en cuando, con ocasión de una gran desgracia o una fiesta inesperada me acerco a la Iglesia y estoy como un forastero sin invitación.

5. Orar en el momento presente y no fuera de mi realidad presente.

Hemos de orar desde el momento en que vivimos.

Cuando un estudiante está en época de exámenes no es oportuno que su oración sea ponerse a meditar pues su cabeza está llena de fórmulas, definiciones o razonamientos teóricos. Entonces puede ser el momento para apoyarse en una oración hecha, en un canto o en salmo.

Por otro lado cuando estamos enfadados o apesadumbrados debemos expresarlo a Dios pues siempre está a nuestro lado. Debemos comunicarle con sencillez y claridad aquello que nos preocupa o que nos llena de ilusión, como un amigo habla a un amigo.

No queramos alcanzar siempre largos ratos de oración. Siempre es mejor orar diez minutos que nada.

Dios no está al margen de mi vida.
He de hablar de mi vida a Dios.
Y no porque El no sepa lo que me sucede sino para que yo logre “ver mi vida” con sus “ojos”.
Para esto he de preguntarle: qué he de hacer, qué decisiones tomar...
He de suplicarle su “fuerza”...

6. ¿La oración de petición?

La oración de petición es una práctica muy corriente en nuestra vida de relación con Dios. Muchos creyentes la han abandonado porque no le encuentran sentido y para otros es su única manera de orar. ¿Qué pensar de ella?

El presentarnos delante de Dios tal como somos y por lo tanto la necesidad de expresar nuestros deseos es algo tan elemental como verdadero. Una oración en la cual no dijéramos a Dios que nos preocupa tal o cual asunto o persona y no pidiésemos por ella sería simplemente mutilar nuestra relación con Aquel "que nos sondea y nos conoce".

La queja, la súplica, la petición y el deseo comunicado son actitudes humanas que expresan nuestra verdad, nuestra humanidad, nuestra debilidad y nuestra impotencia. Estas expresiones son profundamente humanas y no se puede ser creyente si no se es humano. El "clamor" del pueblo que sufre es escuchado siempre por el Dios Liberador.

El problema que se nos plantea es pensar siempre en la respuesta automática de parte de Dios.

Pero la acción de Dios desborda nuestros esquemas y su respuesta no la podemos medir. No podemos negar que hay una respuesta y que se manifiesta, muchas veces, cuando nosotros no lo esperamos.

De todos modos, de nuestra parte, la importancia de la oración de petición viene dada porque nos acerca más al Señor y a la persona o realidad por la que pedimos.

Si oramos por tal persona, cuando nos encontramos con ella nuestra relación ha cambiado pues nos sentimos más cercanos y más hermanos. O cuando pedimos por la paz nos hacemos más pacíficos y pacifistas. En cualquier caso nos hace tomar conciencia de los problemas de nuestro mundo y por lo tanto nos sensibiliza respecto al sufrimiento humano que es el sufrimiento de Dios en sus hijos e hijas. Siempre nos abre al Misterio de solidaridad desde los pobres que es más grande que las realidades humanas.

Pero hay algo muy central en la oración de petición: El Padre dará el Espíritu a aquellos que lo pidan (Le 11. 13). No podemos entrar

en relación con Dios si no se nos ha dado el Espíritu. El Espíritu de Jesús y el Espíritu del Padre. Pedirlo es pedir la fuerza de Dios, su amor, su misericordia, su bondad y su fraternidad. Es decir, ser algo de Jesús y algo del Padre para los demás. No podemos olvidar que el dinamismo cristiano nos lleva a “ser hombres y mujeres para los demás”, “gastar la vida por otros”. Y esta es la perspectiva de la vida cristiana y por lo tanto de la oración cristiana.

(P. Borrás)

Hemos de ser sinceros con la realidad, hemos de reconocer la realidad (personas, acontecimientos situaciones...) herida, maltratada, rota...

Quien pide ha captado esa realidad y ama su renovación
Hemos de reconocer el ansia de perfección y paz que nos mueve... pedir por cuantos ansían esta perfección y esta paz es participar de la esperanza de tantos...

Y siempre pedir el “Espíritu del Señor”, que es “Dios en nosotros”. Y su fuerza será nuestra fuerza.

Dios actuará haciendo actuar el “corazón”, el “espíritu” de los hombres...

Dios actuará y a veces no sabemos por qué las personas y realidades son transformadas sin nuestra intervención... El milagro existe...